

advertido tu falta. Asi quédate resueltamente, continúa en mi servicio y haz penitencia de los pecados cometidos. Yo seré siempre una buena madre para ti y no te abandonaré jamás.» Al decir estas palabras desapareció, y Dios sabe si Beatriz quedó pasmada oyendo tales nuevas.

IX. Confieso que no me canso de repetir una y muchas veces que el cielo rebosa de cuidado y ternura para con nosotros, y especialmente el corazón de nuestra amorosa madre. Estoy seguro de que no hay uno que no haya sentido su amor y advertido alguna particular providencia de nuestra señora á favor de él. Pero nuestro mal está en ser tan cortos de vista, que no columbramos sino aquello que nos da en los ojos. Si la que nos hace tantos bienes, nos los hubiera abierto para reconocer su dulce cariño maternal; no habria día de nuestra vida en que no viésemos muchas señales de él y saliésemos de tino considerando una bondad tan singular. Por mí no dudo que hay un secreto del cielo en escondernos los efectos continuos de esa admirable providencia, porque si los viéramos tales como son, no podríamos ocupar nuestro entendimiento en otra cosa que en bendecir sin cesar á una madre tan bondadosa. ¿Qué sería pues si ella encontrase siervos capaces de corresponder á su cuidado afectuoso? Y si su amor maternal se baja hasta el contentamiento mas pequeño que puede darles; ¿con qué ansia se empleará en lo que mira al principal de su salvacion? Si tiene tanta bondad con ellos mientras viven en este valle de lágrimas; ¿qué les reservará para el cielo? El hombre mortal no lo comprenderá jamás; ¡dichoso el que lo pruebe!

§. IV.—Del cuidado que la Virgen santísima tiene de colocar á los suyos en una condicion de vida que sea propia para obrar su salvacion.

I. Si es cierto (como parece muy verisimil por estar autorizado con el sentir de la iglesia universal) el juicio

de los mejores intérpretes de Salomon, que se persuaden á que el Espiritu Santo declarando las calidades y propiedades admirables de la sabiduria ejemplar é increada, que es el Verbo divino ó encarnado, significó tambien á la sabiduria participada ó imitada, como la llaman, que es la Virgen santísima; hay grandísimo motivo de consuelo para los suyos en el capítulo VIII de los Proverbios, donde se dice que ella los aguarda en las encrucijadas, en las avenidas de los caminos y á la entrada de las ciudades para servirles de guía y consejera: es decir que nunca les sirve mejor de madre que cuando se encuentran en el camino dividido de esta vida, en la pendiente de la edad y en el punto de abrazar estado y colocarse en alguna condicion estable para el resto de sus dias. En esto les da nuestra señora una prueba excelente de su singular bondad, porque esa es la verdadera época de manifestar el cuidado que tiene de ellos. Con efecto despues del instante de que depende la eternidad, que es la hora de la muerte, nada nos importa tanto como la eleccion de un estado, no solo porque este abraza generalmente todos los actos de nuestra vida, sino porque en esa eleccion por lo comun tomamos el camino de nuestra felicidad ó de nuestra desdicha eterna. Por aqui es fácil de ver el juicio que puede formarse de ciertas personas, que toman un estado de vida lo mismo que si se agarraran á la tabla de un naufrago, abrazando el primero que se les viene á la mano, que su capricho ó su pasion les sugiere ó que un tercero les aconseja, sin recurrir al santuario para consultar con Dios y con los que participan de su espiritu. En esta ocasion tambien mejor que en otra ninguna se conoce la necesidad que tenemos de la asistencia del cielo y de los que nos quieren bien.

II. Dios sabe lo que la madre de bondad hace entonces por los suyos, cómo los ilumina, cómo mueve sus co-

razones, en qué ocasiones los pone, qué peligros desvia de ellos, en una palabra de cuántas maneras los previene con las bendiciones de su dulzura. Sin duda quiere significar esto en el libro de los Proverbios cuando dice: «El que me halláre, hallará la vida y sacará salud del Señor (1).» El texto original y los Setenta leen: «Mis caminos son caminos de vida y medios de hallar la voluntad del Señor;» donde se ve la admirable relacion de la salvacion á la voluntad de Dios, porque así como nuestra salud eterna es la que nos hace buscar la voluntad de Dios, de la misma manera el cumplimiento de esta es la que nos hace hallar la salvacion. Entro gustoso en este discurso, porque me hace ver claramente las obligaciones inapreciables que sus queridos hijos le tienen, y que no estimarán como deben sino cuando vean en Dios el resultado que han tenido. Es verdad que tendria muchas cosas que decir sobre esta materia, si no hubiera hablado ya de ella al tratar del cuidado que la madre de Dios tiene del bien general y particular de sus hijos en cuanto gobernadora de la iglesia (2), por cuyo titulo está obligada á proveerla de personas distinguidas por su santidad en todos sus estados y condiciones y á colocar á cada uno en su clase y categoria, y especialmente cómo ha recibido á todas las órdenes regulares bajo su particular proteccion, cómo desde sus principios les suscitó fundadores eminentes en todas las virtudes y despues las ha conservado y multiplicado. Confieso que en cuanto madre común de los que la aman, no desprecia á nadie, dirige á unos y otros á donde mas conviene para la gloria de Dios y su bien particular, cuida de poblar de personas virtuosas los estados seculares lo mismo que las religiones, y aun aquellos que atrae al claustro, no son siempre los

(1) Proverb. VIII.

(2) Trat. 2, cap. 7.

mejores. Llama á algunos por las grandes probabilidades que hay de que si no se perderian en el mundo, donde deja á otros muchos, que obrarán allí su salvacion y ayudarán á obrar la del prójimo. No obstante quiero hablar principalmente del cuidado que tiene de poblar las religiones de sus mas fieles siervos, y espero no lleve nadie á mal que yo dé este leve refrigerio á los que llevan el peso y el calor del dia, además de que hallamos que los beneficios y gracias mas insignes de la madre de Dios se han concedido por lo comun en favor del estado religioso como la mejor escuela de virtud y santidad que el Salvador ha erigido en su iglesia.

III. Presupuesto pues lo que dejo dicho de los patriarcas de las religiones y de varios varones eminentes de ellas, paso á hablar del jóven Dositeo, cuya vocacion es digna de eterna memoria. He tomado estas noticias de lo que escribió un discípulo de S. Doroteo, maestro del mismo Dositeo, que vivia mil y cien años hace. Este mancebo era hijo de un jefe militar, quien le habia criado con tanto mimo, que por no contristar su espiritu segun los principios del mundo nadie le habia hablado nunca de Dios, ni de la vida futura. No obstante él tenia una índole buena é inclinada á la virtud, como mostró en este hecho: le habló uno por casualidad de la peregrinacion á los santos lugares de Jerusalem, y Dositeo no dejó en paz á su padre hasta que le concedió la gracia de que iria á visitarlos. Dios que sabia lo que habia de ser este mancebo, le proporcionó una buena ocasion, porque un íntimo amigo de su padre que iba á emprender el viaje de la tierra santa, ofreció llevarle consigo y cuidarle y tratarle como á hijo propio. Llegados á Jerusalem visitaron todos los sitios mas célebres donde el Salvador obró nuestra redencion, y habiendo encontrado en Getsemani un cuadro que representaba las penas del infierno, el pobre mozo que en

su vida habia oido hablar de esto, fijó la vista y la atencion en aquella pintura con tanto ahinco, que no habia quien le apartara de allí. Ese fué el origen de su salvacion, porque cuando estaba tan atento, se apareció á su lado la Virgen cubierta de un manto de grana con semblante muy apacible y majestuoso y le explicó menudamente los diversos géneros de tormentos aparejados á diversos pecados. Quedó Dositeo tan asombrado de esto, que apenas podia respirar; pero habiéndose recobrado un tanto tuvo valor para preguntar á nuestra señora qué habria que hacer para evitar semejante desgracia. «Hijo mio, le respondió la Virgen, date al ayuno, á la abstinencia y á la oracion, y yo te prometo que no serán para tí esas penas.» Dicho esto desapareció, y Dositeo no volvió á verla mas. Pero le habia penetrado tanto el aguijon, que no podia pensar en otra cosa que en lo que habia oido. Desde entonces no se le pudo hacer comer carne, y todos advertian tan gran mudanza en él, que un caballero amigo de su padre le dijo un dia: «Esa vida no se puede llevar en el mundo: si tienes resolucion, lo mas breve y seguro será que entres en algun monasterio.» Nuevo asombro de Dositeo, porque no sabia si habia monjes, ni monasterios en el mundo. No obstante persistia en decir que su resolucion era salvar su alma, que se compadeciesen de él y que le llevaran á donde mejor pudiera obrar su salvacion. Habiendo deliberado entre si el padre y sus amigos determinaron llevarle al monasterio en que moraba S. Doroteo. El abad despues de considerarle dijo que le parecia tan delicado, que no se resolvia á admitirle; mas habiéndole examinado san Doroteo manifestó que Dios conducia á aquella alma inocente y que la habia preservado en medio de los deleites del mundo sin saber qué cosa era el vicio. Desde luego fué puesto bajo el cuidado y vigilancia de S. Doroteo, y pronto se echó de ver en su bondad é ingenui-

dad que le habia llevado allí la madre del amor. Este novicio era dócil, puntual, ejemplar y siempre estaba con semblante alegre á no ser cuando habia cometido alguna culpa. Al cabo de cinco años enfermó del pecho: S. Doroteo que le asistió con amoroso cuidado durante la enfermedad, le preguntaba de cuándo en cuándo si podia aun orar, y cuando respondió el enfermo que le faltaban todas las fuerzas de alma y cuerpo, le dijo el abad que estaba presente: «Enhorabuena, ve á presentarte á la santísima Trinidad y acuérdate de nosotros.» Los monjes que oyeron estas palabras, se ofendieron sobremanera no pudiendo comprender cómo el superior hablaba así á un mozo, en quien no habian visto ninguna cosa extraordinaria, porque muchos monjes solo comian cada tres dias y continuaban largo tiempo esta abstinencia; otros pasaban las noches en oracion y ocupaban el dia en ejercicios trabajosos. Dositeo no solo no hacia nada de esto, sino que habia que dispensarle de una parte de las reglas por su delicada complexion. Pero un varón ejemplar tuvo una vision que aumentó la emocion de los monjes. Habia pedido muchas veces á Dios le mostrase los santos que habian subido de aquel monasterio al cielo. Dios oyó su oracion y se los mostró todos y entre ellos Dositeo rodeado de un gran resplandor. Esto los hizo volver á todos en si y confesar que lo que mas contribuye á que una alma aproveche en la virtud, es el amor de Dios sin ninguna mezcla de amor propio, la obediencia ciega, la simplicidad sin fingimiento, la bondad sin debilidad, en cuyas virtudes habia resplandecido singularmente Dositeo y que eran las verdaderas señales de un hijo de María.

S. Bernardo de Menton.

IV. Pongo en seguida el ejemplo de S. Bernardo de Menton por la gran semejanza que tuvo con el anterior

en nobleza, valor y mansedumbre. Bernardo, descendiente de una de las familias mas ilustres de Saboya, nació el año 925 y muy pronto manifestó que debia de realzar el lustre de su prosapia por sus heróicas virtudes. Pasó una parte de su mocedad en el estudio de las letras; pero conociendo que habia otra cosa mejor se sirvió de ellas como de un medio para llegar á la perfeccion de la vida cristiana. En esta aprovechó tanto, que su padre que deseaba mas verle valiente caballero que hombre devoto, achacó á su maestro el haberle metido en la cabeza aquellos antojos (así llamaba á la piedad) y le despidió. Lo mismo hizo con el ayuda de cámara, el paje y el lacayo, que habian tomado el porte y modo de vida de su amo. Esta injusticia les valió el favor del rey del cielo, porque como si hubieran visto rotas las ligaduras que los ataban al mundo, tomaron la resolucion de retirarse á un lugar seguro para cantar cánticos de accion de gracias á su libertador, eligiendo el monasterio de Taloire, de la orden de S. Benito, donde habian sido recibidos antes con mucha caridad. Falta su amo, que como habia de pelear mas reciamente, le estaba aparejada mayor gloria. Su padre habló de casamiento para detenerle en el mundo, y le buscó una doncella noble, adornada de bellas prendas y completa en todo. Ya estaban firmadas las capitulaciones y se habia señalado el dia siguiente para celebrar la boda; mas la vispera por la tarde Bernardo se retiró á su estancia y postrado en la presencia de Dios empezó á orar fervorosamente derramando su corazon y deshaciéndose en lágrimas y suspiros. Su ferviente oracion hizo mella en el corazon amoroso del padre de misericordias. Bernardo tenia puesta toda su confianza despues de Dios en la virgen Maria, á quien habia escogido por su madre y á quien invocaba entonces como á su poderosísima abogada. Tambien profesaba particular

devocion á S. Nicolás, á quien rogaba con encarecimiento que intercediese con la reina de los ángeles para que le librara de aquel peligro. Cuando mas enfervorizado estaba, le embargó el sueño, y durante él le consoló S. Nicolás vestido de peregrino y enviado por Dios y la Virgen, que le mandó vestirse prontamente y retirarse á la ciudad de Aosta bajo la direccion del venerable arcediano Pedro, varon de singular santidad, prometiéndole que él mismo seria su guia. Al oír estas palabras se levantó Bernardo sobresaltado, y sintiendo abrasado su pecho del fuego divino tomó la pluma y escribió una carta de despedida á sus padres, que sabia mas al estilo del cielo que á la elocuencia de la tierra. Cumplido este deber, se le presentó de nuevo S. Nicolás con el ángel de su guarda. Entonces el mancebo divinamente inspirado abre la ventana (que todavia se enseña hoy en su casa paterna), y despues de persignarse salta un horrible precipicio que hay debajo del castillo, y en poco tiempo llega por caminos desconocidos á la puerta de la ciudad de Aosta. Entra en la iglesia de nuestra señora, á donde tenian orden de llevarle sus guias, y sale á recibirle cariñosamente el santo arcediano y le da el ósculo de paz, como que sabia ser elegido de Dios para sucederle y ser un dechado de perfeccion. En tanto el corazon de Bernardo estaba inundado de las delicias del paraíso, y se deshacia en acciones de gracias y en sentimientos de adoracion y admiracion de las grandes misericordias de Dios y de las singulares bondades de su clementísima madre. Por otra parte figurémonos cuál seria el dolor y el llanto de su atribulada familia, cuando se echó de ver la fuga de aquel por quien se habian preparado tantos festejos. Esto no puede expresarse con palabras: baste decir que Dios, que queria contentar en todo á su fiel siervo, tocó de suerte el corazon de la novia, que viendo que Bernardo no habia

querido tomar por esposa á ninguna mujer mortal, tampoco quiso desposarse mas que con Jesucristo, á quien se consagró en un monasterio cerca de Grenoble.

S. Odon.

V. S. Odon, fundador del monasterio de Cluny, habia sido elegido por la Virgen para ser monje aun antes de salir del vientre de su madre. Su padre Abbón acostumbraba entre otras varias devociones pasar en fervorosa oracion la noche de Navidad en agradecimiento del altísimo misterio que la iglesia celebra. Una vez se sintió con vehementes impulsos de pedir á Dios un hijo por la mediacion de aquella á quien el Padre habia dado el suyo en aquel dia para la reconciliacion del mundo, y ofreció que si llegaba á tenerle, le dedicaria al servicio de la majestad divina. La amorosa Virgen se ofreció á presentar esta súplica á su hijo, quien la otorgó al punto. Cuando el niño llegó á la edad de elegir estado, nuestra señora acabó felizmente lo que habia comenzado con tan favorables auspicios.

S. Roberto.

VI. S. Roberto, fundador y primer abad del Cister, tuvo tambien el privilegio de ser elegido en el vientre de su madre por la Virgen y desde entonces llevó la insignia de sus mas fieles siervos; porque estando en cinta de él su piadosa madre Engardis, se le apareció nuestra señora y poniéndole un anillo en el dedo le dijo estas cariñosas palabras: Engardis, ahí tienes la prenda y las arras del matrimonio que pienso contraer con el hijo que llevas en tus entrañas (1).

(1) Véase el cap. 42, §. 7 del tratado primero.

Renaldo.

VII. El año 1220 se hallaba en Roma el doctor Renaldo, dean de Orleans y varon de singular mérito y doctrina, á quien siendo inspirado de Dios para que empleara sus talentos en la reduccion de las almas, aconsejó un cardenal amigo suyo se uniera á santo Domingo y sus compañeros, los cuales acababan de enarbolar un nuevo estandarte de la perfeccion evangélica con el hábito de canónigos reglares y el mismo designio de Renaldo. Este doctor vió y habló á santo Domingo y fué recibido con los brazos abiertos; pero Dios que comunmente se vale de las tribulaciones para dar los mejores golpes, le hizo acelerar la ejecucion de su empresa enviándole una grave y peligrosa enfermedad. Entre tanto santo Domingo sabiendo que tenia una buena abogada en el cielo recurrió á ella con sus oraciones. La Virgen, que mucho tiempo antes habia escogido á Renaldo, se le presentó en aquel trance acompañada de santa Catalina y santa Cecilia, le ungió con una untura celestial los ojos, las narices, los labios, las manos, los riñones y los pies, diciendo algunas palabras misteriosas que denotaban el favor con que le distingua, le mandó levantarse y vestir el hábito que le traia y que queria usasen en adelante sus hijos de la orden de predicadores. Así se cumplió puntualmente.

Santo Tomás de Aquino.

VIII. Siempre he creido que el esclarecido santo Tomás de Aquino, lumbrera brillantísima de la iglesia, era uno de los hijos mas queridos de la Virgen. Bastante lo manifestó esta señora cuando estando aun Tomás en la cuna y queriendo levantarle su nodriza, cogió él un papelito y le apretó tan fuertemente en la mano, que no se

le pudo quitar sin violencia. Su madre que se hallaba presente, quiso ver qué era aquello, y haciéndole soltar el papel se encontró que tenia escritas las palabras *Ave, Maria*. El niño no se apaciguó hasta que le devolvieron el papel, y al punto se le tragó, dando á entender con esto que desde entonces escogia por madre suya á la Virgen santísima. Cuando llegó á la edad competente, la que ve-
laba sobre él le movió á entrar en la órden de santo Domingo y le fortaleció en los primeros combates. Yendo de Nápoles á Roma á continuar sus estudios, le cogieron en el camino sus hermanos y le encerraron en el castillo de Rocaseca. Allí llevaron una mujer perdida y la introdujeron en el aposento de Tomás, ofreciendo pagarla bien si lograba vencerle. Pero la reina de las vírgenes le sugirió una invencion, con la que logró ahuyentar á aquella mujer deshonesta, y fué que cogiendo Tomás un tizon encendido le arrimó al rostro de ella y así la obligó á huir. Luego que se quedó solo en su aposento, hizo una cruz en la pared con el mismo tizon encomendándose fervorosamente á Dios y á su madre santísima. Esta acudió al punto en su auxilio y mandó á un ángel le ciñera los riñones; con lo que se preservó el santo el resto de su vida de toda sensacion contraria á la pureza. El mismo se lo contaba al doctor Renaldo de quien acabo de hablar, y confesaba ingénuamente que con la gracia de la reina del cielo habia guardado la flor de su virginidad.

Tancredo.

IX. Por los años 1250 entró en la misma órden Tancredo, uno de los cortesanos mas bien quistos del emperador Federico II. Considerando aquel noble mancebo cuántos peligros corria su alma en la vida que llevaba, recurrió á la reina del cielo y la suplicó humildísimamente que le mostrase en qué estado podria obrar su

salvacion. Como persistiese algun tiempo en hacer la misma súplica, se le apareció la Virgen una noche y le dijo en sueños: «Tancredo, tú me pides te muestre un camino á propósito para asegurar tu salvacion: pues entra en nuestra órden.» Al oír estas palabras se despertó Tancredo; pero mas perplejo que antes y sin saber de qué órden le hablaba la Virgen. Así redobló sus súplicas y se durmió otra vez pensando en la respuesta que le habia dado nuestra señora. Al cabo de un rato se le aparecieron en sueños dos frailes de santo Domingo, y el mas anciano le dijo: «Tancredo, tú has pedido á Dios por la intercesion de su santa madre un camino seguro de salvacion; pues levántate prontamente; es preciso que seas de los nuestros.» Despertóse y se fué hácia la iglesia para oír misa: en el camino encontró al prior de santo Domingo de Bolonia y considerándole despacio conoció que era el mismo á quien habia visto en sueños. Admirado del suceso contó al buen religioso lo que le habia pasado, y de allí á poco tiempo tomó el hábito de la órden, que honró con una vida santa y digna de un siervo de la Virgen.

El beato Mauricio.

X. Con razon puedo llamar al beato Mauricio de Hungría el hijo de leche de María santísima. Descendia por naturaleza de los reyes de aquella nacion; pero por adopcion era hijo de la reina del cielo, la cual quiso tenerle aun desde el vientre de su madre. Cuatro meses llevaba esta de preñado, cuando fué acometida de una fiebre tan violenta, que veia ya cercana la hora de la muerte. Mas se apareció la Virgen y le dijo que tuviese ánimo, porque no moriria de aquella enfermedad; que pariria un hijo, el cual seria mas eminente por sus virtudes que por su prosapia; y que cuando estuviera

para parir, repitiese á menudo estas palabras: La madre de Dios, de cuyo sagrado vientre salió el hijo único del Padre, me asista. Al mismo tiempo le encargó que rezase muchas veces la salutacion angélica. La Virgen que tan temprano habia tomado posesion de Mauricio, le dió unas costumbres adecuadas á la calidad de hijo suyo, y cuando llegó á la edad competente, le inspiró que entrase en la órden de predicadores, donde vivió Mauricio en opinion de santo. Murió el año 1536.

XI. No debo de omitir aquí al bienaventurado Silvestre de Marade, que dejó en la misma religion singulares ejemplos de virtudes, en cuya práctica murió el año 1517. Siendo todavía estudiante quedó privado de todo auxilio humano por la muerte de sus padres y casi á punto de interrumpir los estudios, que habia comenzado bajo felices auspicios. No obstante no desmayó y se marchó á Florencia por ver si encontraba alguna colocacion y podia continuarlos. En el camino se puso á su lado la virgen María, de quien era muy devoto, y le acompañó hasta Florencia, dándole muchos y muy acertados documentos para ordenar su vida en lo sucesivo. Entretenidos en estas sabrosas pláticas entraron en la ciudad, y á las pocas calles desapareció la Virgen, dejando á Silvestre precisamente á la puerta del convento de dominicos. Entonces reflexionando el mancebo sobre lo que le habia pasado, conoció que habia allí alguna cosa extraordinaria. Llamó á la puerta del convento y solicitó con instancias el hábito, que al cabo le fué concedido. No tardó en mostrar que aquella era la colocacion que habia ido á buscar á Florencia por secreta inspiracion del cielo. Acabados con aplauso los estudios de filosofia y teología se hizo un gran predicador juntando los ejemplos de sus singulares virtudes á su vigorosa elocuencia y profunda doctrina. La Virgen entre otras gracias le concedió la de resucitar á un muerto. Confe-

sábase con Silvestre un mozo, á quien hizo concebir tanto horror de sus culpas, que cayó muerto á los pies del confesor. Este, afligido sobremanera, recurrió á su celestial abogada María y la suplicó con muchas veras se dignase de socorrerle en aquella necesidad. Acabada su oracion llega un ángel enviado por la Virgen, que habiendo echado en la boca del mancebo un licor celestial no solo le restituyó la vida, sino que le infundió tanto valor para arreglar en adelante su conducta, que vivió muy santamente. No contento el ángel dió á beber de aquel licor á Silvestre y le imbuyó un cariño cordial á su santísima madre.

XII. Ve aquí otro hermoso florón de la órden de predicadores, S. Gonzalo de Amarante. Habiendo de deliberar sobre el estado que mas le convenia, recurrió á María, la cual se le indicó diciéndole que entrase en aquella órden donde se empieza y se acaba el oficio divino por la salutacion angélica. Averiguó Gonzalo que aquella costumbre se observaba en la religion de santo Domingo, y al punto pidió allí el hábito, y habiéndole vestido vivió con grandísimo concepto de santo. Su vida y su muerte fueron recomendables por los muchos milagros que obró. En su última enfermedad la Virgen, de quien era singularmente devoto, vino á convidarle á gozar de las delicias del cielo con una legion numerosísima de espíritus bienaventurados, y encontrándole dispuesto á dejar la tierra por el cielo hizo la señal de la partida y recibió el alma de su amado siervo en sus manos.

S. Buenaventura.

XIII. El que haya leído las obras que este seráfico doctor escribió en honor de la virgen María, habrá notado la ternura de su corazón, las invenciones que le sugirió el amor para publicar las grandezas de nuestra se-

ñora, y el zelo que tuvo para darla á conocer y hacerla amar y honrar de todos. Así mas fácil es dudar si la nieve es blanca que dejar de tenerle por uno de los siervos mas fieles y apasionados de nuestra señora, la cual le ensalzó á tan eminente santidad.

S. Bernardino.

XIV. No me atrevo á decir menos del glorioso san Bernardino, que como saben todos, fué privado de la Virgen. Con dificultad me figuraria yo que esta señora, con quien trataba tan familiarmente Bernardino, hubiese querido confiar á otro la direccion del acto mas importante de la vida de su hijo predilecto; al contrario casi afirmaria que ella fué la fuente misteriosa, junto á la cual se le apareció la admirable vision de que se habla en su historia. Yendo Bernardino revolviendo en su ánimo los planes de una nueva vida y probando en su cuerpo diversas austeridades le aconteció quedarse dormido despues de haber rezado las oraciones que tenia de costumbre. Durante este extático sueño se encontró junto á una fuente cristalina extramuros de la ciudad y no lejos del convento de S. Francisco. Entonces le pareció ver un palacio muy hermoso y capaz, que era presa de las llamas, sin que pudiese atajarse el incendio. Salian las llamas por las ventanas, y ardía todo aquel soberbio palacio, excepto un reducido aposento, en el que vió á un hombre vestido con el hábito de S. Francisco, el que tres veces se acercó á la ventana para arrojarle; pero le pareció el salto tan peligroso, que se volvió atras gritando cada vez: «Francisco, Francisco, Francisco.» Por aquí entendió claramente Bernardino que el camino que el cielo le abria para librarse del mundo, del demonio y de la carne, era la órden del seráfico patriarca.

XV. A la misma corresponde tambien la beata Juana

de la Cruz, de quien he hablado en el articulo anterior. Esta sierva de Dios vino al mundo el año 1481 á instancias de la virgen Maria, quien la habia pedido á su hijo para restaurar el convento de Cubas, pueblo inmediato á Madrid. Desde la cuna empezó Juana á ayunar á imitacion de S. Nicolás y una vez se estuvo tres dias enteros sin mamar, de suerte que creyeron que se moria; pero habiéndola ofrecido á nuestra señora de la Cruz su piadosa madre, la niña recobró el sentido con gran contentamiento de todos. A la edad de cuatro años cayó un dia en un largo deliquio, durante el cual fué llevada en espiritu á un lugar muy delicioso, donde habia varias señoras que en sus semblantes y vestidos se asemejaban á los rayos del sol; pero habia una que se aventajaba á todas en hermosura, y él la tuvo por la reina de aquel lugar. Una cuadrilla de niños se juntaron á Juana y la convidaron á ir á saludar á dicha señora participándole que era la madre de Dios. Mas como la niña se excusase con que no sabia lo que habia de decir, ellos le enseñaron el Ave Maria, y Juana la rezó de rodillas delante de la Virgen. Hecho esto, el ángel de su guarda le dió muchos documentos y la restituyó á la casa de su abuela, donde al punto recobró la niña el sentido. Crecia en virtud mas que en años, y sus tempranas austeridades, su modestia, su retiro interior y todas sus demas virtudes dieron á conocer muy pronto que el cielo tenia un cuidado particular de ella. Siendo muy joven pasó á vivir á la casa de un tio suyo, donde recibió señaladas mercedes de la madre de Dios. Entre otras merece referirse que entrando un dia en cierto aposento vió junto á una imágen de nuestra señora una fuente cristalina y allí cerca dos serafines, que sin cesar sacaban agua con grandes cántaros y al momento la vertian, sin que ella pudiese columbrar qué se hacia el agua. Tuvo muchas veces esta misma vision al entrar en aquel aposento: los

dos espíritus angélicos la recibían cariñosamente, la miraban con rostro risueño y como que se regocijaban con ella. Por entonces no pudo comprender el misterio de la fuente; pero de allí á algunos años le fué declarado que el agua que sacaban los serafines, significaba la gracia del cielo que derramaban continuamente en su alma. Cuanto mas crecía en edad, mas se inflamaba su corazón en deseos de abrazar el estado religioso; por lo cual pedía fervorosamente á la reina del cielo le abriese camino para poner por obra sus intentos. Así lo hizo la Señora sugiriéndole á la edad de catorce años la traza de escaparse en traje de mancebo para no ser conocida de nadie. Dios sabe el cuidado que la Virgen tuvo de Juana en este viaje emprendido con tanta turbacion y repugnancia, que despues de haber andado poco camino cayó medio muerta en tierra. Pero María la alentó por ministerio de un ángel y la confortó para acabar el viaje: cegó al caballero con quien pensaban casarla, y aunque pasó al lado de ella, no la pudo conocer. En cuanto llegó al convento, se postró ante la imágen de nuestra señora (que aun hoy está sobre la puerta de aquel) y la suplicó concluyese la obra comenzada. La madre de bondad le dió la bienvenida y le dijo que era esperada, porque Dios la habia enviado al mundo para restaurar aquella casa, donde sería superiora y cuidaria de sus negocios; promesa que cumplió tan perfectamente, que resistió con firmeza incontrastable á las importunaciones de sus padres, de sus parientes y de su novio y allanó todas las dificultades que suscitaba el enemigo. No entra en mi plan declarar aquí por menor las atenciones que debió á nuestra señora la cándida doncella luego que entró en el convento, ni su extraordinario aprovechamiento en la virtud. Eso puede leerse en su vida.

XVI. Del B. Alberto, ornamento de la órden carmelitana, puedo decir como del B. Andrés, religioso de

la misma, de quien hablé en el capítulo anterior, que aun antes de ser concebido le contaba la Virgen en el número de los suyos. Veinte y seis años llevaban de casados sus padres sin haber tenido sucesion, cuando hicieron voto á nuestra señora de que si les daba un hijo, le educarian para consagrarse en la religion carmelitana. Su peticion les fué otorgada, y ellos educaron tan santamente el hijo que les diera el cielo, que fué uno de los siervos mas ilustres de la Virgen, hizo muchos milagros en vida y despues de muerto, y entregó su alma en manos de tan buena madre el dia 7 de agosto del año 1292, habiéndola invocado dos veces inmediatamente antes de morir.

Santa Brigida.

XVII. No puedo, ni debo pasar en silencio la promesa que se hizo á santa Brigida. Estando un dia cuidadosa sobre el modo como propagaria la órden del santo Salvador que habia erigido por mandato formal de nuestro Señor y de su bendita madre la Virgen, le dijo esta que no se apurase, pues su hijo, que habia instituido la órden para honrarla á ella, enviaria los sugetos á propósito para promover su gloria y hacerlos obrar su salvacion.

La bienaventurada Paula.

XVIII. En el año 1368 murió en Florencia la bienaventurada Paula, del órden de los camaldulenses. Esta doncella se dedicó desde su niñez al servicio de nuestro Señor y de la virgen Maria de tal suerte, que no interrumpia jamás la oracion. Habia en su aposento una imágen de nuestra señora de la Leche, y la devota niña tenia fijos continuamente los ojos en ella; cosa que agradó tanto al hijo y á la madre, que un dia se le aparecieron y la

inundaron de una dulcedumbre celestial extraordinaria. La Virgen le puso el niño en los brazos, y este le dió un amoroso ósculo, y como tenia aun la boca llena de leche, derramó algunas gotas en la de Paula, que creyó desfallecer de gusto. Entonces le dijo María santísima que se fuese al convento inmediato de los Angeles y que su siervo Silvestre le mostraria el camino por donde habia de salvarse. Hizolo al punto y tomó el hábito de aquella órden.

S. Felipe de Tuderta ó Benicio.

XIX. En el capítulo XII del tratado primero dije que hablaria aquí de la vocacion de este siervo de Dios con ánimo de juntarle al número de aquellos que deben á la Virgen de un modo especialísimo la dicha de haber sido religiosos. Unos le llaman Felipe de Tuderta, porque murió en esta ciudad de la marca de Ancona y ha obrado y obra allí diariamente muchos milagros: otros, y son los mas, le nombran Felipe Benicio, que era el apellido de su ilustre familia. Nació en Florencia y estudió en París y Padua: á la edad de treinta años cuando ya ejercia la medicina, fué llamado al servicio de Dios del modo que voy á decir. Habiendo ido á oír misa á la iglesia de la Anunciada cerca de Florencia un dia de la octava de Pascua, á medida que el sacerdote decia estas palabras de la epistola: *Y el Espíritu dijo á Felipe: Acércate y llégate á ese carro*; empezó á temblar en todo su cuerpo, como ha sucedido á muchos al venir sobre ellos el espíritu de Dios, y fué arrebatado en espíritu á un lugar sembrado de pedernales, abrojos y zarzas y lleno de pantanos, serpientes y otros animales venenosos, y de nuevo le fueron dichas las citadas palabras de los Hechos de los apóstoles. No sabiendo qué significaba aquello levantó los ojos al cielo, y en el mismo

instante columbró un carro triunfal abierto por arriba y sostenido sobre cuatro ruedas, todo de oro fino. Tiraban de él un leon y una oveja mas blanca que la nieve. Al rededor iba revoloteando una paloma con plumas plateadas. En la parte mas elevada iba sentada la madre de Dios, que llevaba en la mano un hábito negro y cubria con su manto real á cuantos se hallaban á su rededor. Felipe lo contemplaba todo con suma alegría y suavidad interior, y así se habia pasado el dia (á él le pareció un minuto), cuando fué despertado por el sacristan y tuvo que retirarse á su aposento. Dios sabe en qué estado se hallaba su corazon. De allí á unos dias tuvo la misma vision, y la Virgen le dijo claramente: Felipe, júntate á los que se honran con el nombre de siervos míos. Entendió lo que queria decirle aquella amorosa madre, y yendo al otro dia al convento de los servitas preguntó por el superior. Éralo entonces el P. Bonfího, el cual le explicó en el acto el misterio de su vocacion y le dijo que el bosque era el mundo y el carro la religion de los servitas, la cual era como el carro triunfal de la Virgen: que estaba construido todo de oro ya por la caridad que la órden profesa, ya por estar dedicada á la reina del cielo, la que sobrepuja á las simples criaturas tanto como el oro á los demas metales: que las cuatro ruedas eran las cuatro virtudes cardinales, compendio de toda la perfeccion religiosa: que el leon significaba la fortaleza necesaria para vencer las dificultades con que se tropieza en el servicio de Dios, la oveja la humildad, la paloma la simplicidad y el manto negro el hábito de los servitas. Dicho esto le admitió en la religion y le indicó que seria un dia el apóstol de la madre de Dios; vocacion particularísima con que fué honrado despues. Ya hablaré de esto oportunamente.